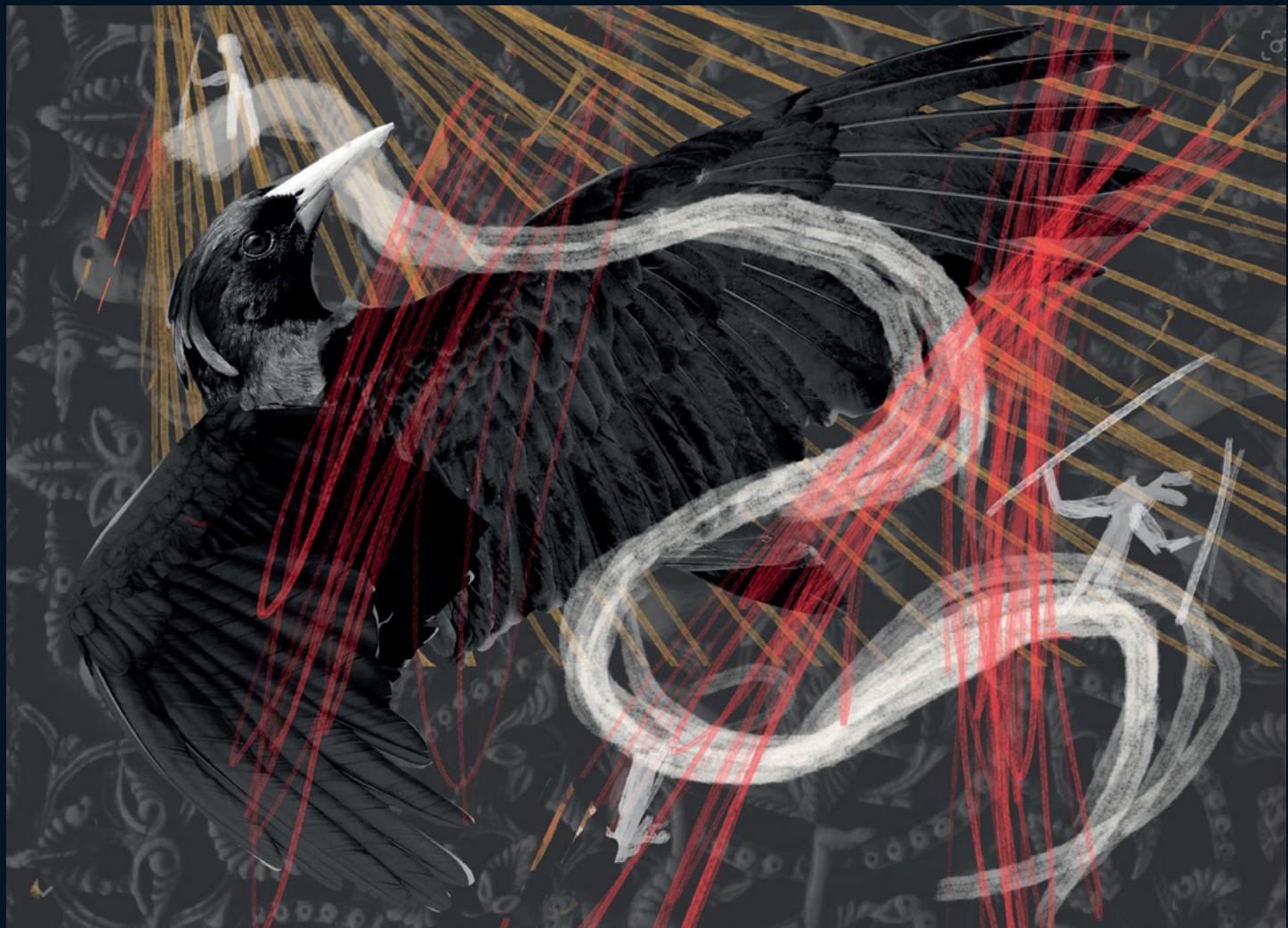


x. DIBUJANDO LETRAS



© Sara Herrera Fontán | Sin título | Boceto digital | 2023



© Sara Herrera Fontán | Sin título. De la serie “Un sueño” | Grafito y acuarela sobre papel | 63x100 cm | 2019

Notas sobre “Horacio... como el poeta”



MIGUEL ANTONIO HUERTAS SÁNCHEZ *



CÓMO CITAR: Huertas Sánchez, Miguel Antonio. “Notas sobre Horacio... como el poeta”. *Desde el Jardín de Freud 23&24* (2025): 283-3.4, doi: 10.15446/djf.n23&24.124781.

* e-mail: mahuertass@unal.edu.co

© Obra plástica: Sara Herrera Fontán

Como otras muchas cosas en mi vida, también hice mis estudios doctorales tarde. A veces pienso que tal vez yo sea uno de los últimos estudiantes de doctorado que pudo tomarse ocho años para realizarlo: hoy hasta se habla de doctorados de tres años. Cuando los terminé y hubo pasado un tiempo de decantación, empecé a decir a mis amigos: esto fue como haber hecho psicoanálisis y haberlo terminado.

De hecho, son dos procesos que inicié cercanamente en el tiempo. A veces, en el pasado, había tenido la intuición de que todo el mundo debería hacer psicoanálisis alguna vez en su vida y de golpe me vino la idea de que había llegado ese momento. Un poco más adelante, se abría el primer doctorado en artes en la Universidad Nacional de Colombia, en donde trabajo hace ya treinta años y lo sentí como la oportunidad de llevar a cabo una cita no cumplida con el pasado: estudiar la historia de la Escuela Nacional de Bellas Artes, que la intuición —nuevamente ella— me señalaba como importante.

En efecto, lo era. Y más de lo que podía prever al comienzo. Terminé haciendo una genealogía de la institución de poder que ha modelado nuestras maneras de pensar desde hace siglos, de una manera tan esencial que constituye la estructura invisible de nuestros discursos: la Academia.

Fue un proceso vertiginoso. Los años pasaron sin que los sintiera casi. Encontré las raíces, las oscuridades y claridades, las estrategias, las bases de lo que nos constituye socialmente, no solamente en las maneras como pensamos, sino también como sentimos y como nos definimos. Puedo decir que tuvo momentos de descubrimiento apasionantes y, por momentos, aterradores y, otra frase que uso mucho para describir ese proceso, logré dibujar el rostro del enemigo. Logré darle nombre: *el profesor que corrige*. Y encontré el lugar específico en donde se destila la esencia del poder academicista: la clase de dibujo.

Yo, que trabajo en la academia dictando clase de dibujo I. Así, comprendí mi lugar de extrañeza; mi relación de amor-odio con esta secta a la que pertenezco y a la que intento demoler desde dentro en cada día laboral.

Eso encontré en mis estudios doctorales. No quiero dar la impresión de que la investigación haya sido un camino lineal y predecible; todo lo contrario, solamente después del final logré articular en una imagen coherente una cantidad de intuiciones, datos e impresiones. Inicié con una intuición que más o menos había tomado forma, y hacer el seguimiento de su invitación, me parecía razonablemente, debería llevarme hasta el comienzo de los años sesenta y, ahora que lo menciono, caigo en cuenta de que es el trayecto de mi vida: nací en el cincuentainueve.

Pero la indagación me exigió remontarme a la década de los años treinta con la reforma educativa de López Pumarejo y, hora que lo menciono, caigo en cuenta de que es el trayecto de la vida de mi padre: nació en el veintiocho y murió cuando yo estaba estudiando el doctorado.

Eso tampoco fue suficiente: tuve que remontarme más atrás, al final del siglo XIX cuando se fundó la Escuela. Así entendí lo que alimenta mi causa política más precisa: lo que vivimos hoy en Colombia es una guerra entre dos Constituciones: la de 1886 y la de 1991. Por esas épocas estaba activo mi abuelo materno, a quien no conocí, pero cuya militancia política (liberal, por supuesto) pudo haber sido en algún aspecto muy parecida a la mía y de quien heredé un lugar simbólico: hoy mi madre dice que yo me convertí en su padre.

Cuando creí que ya había sido suficiente y la búsqueda me daría una tregua, se abrió su parte más tremenda. Terminé estudiando los inicios de la Academia en Francia en el siglo XVII y, comprendiendo el por qué y el cómo de su origen, descubrí su actualidad en mí, en el medio en el que trabajo, en la profesión de artista que elegí. Y aún más allá: en mi forma de verme, de caminar, de comer, de amar; como esa sombra poderosa que una vez siendo niño me atacó por la espalda mientras dormía, un demonio que no podía ver.

En esa investigación me encontré con instrumentos que no imaginaba, pero de alguna manera existían desde siempre en lo que llamo un interés por la historia, que siempre asocio con la figura de mi madre: la genealogía como método, el sentido de la *apocatástasis*, el lugar en donde la teología se cruza con la historia, si entendí bien a Benjamin.

Hay semejanzas y diferencias entre esos dos ámbitos, el académico y el psicoanalítico; de hecho, empecé a entender mejor la resistencia de los *carteles* lacanianos a ser asimilados al mundo académico. Evidentemente, de las primeras, la más importante es, como en todo proceso de búsqueda, que la principal compañía

es la incertidumbre y la mayor pregunta versa sobre qué es eso en lo que uno está metido. Sobre las diferencias, la más evidente es que sobre la tesis la puedo describir y decir cómo y por qué la inicié, cómo se desarrolló, qué encontré con ella y en qué medida ha impactado mi vida; con el proceso psicoanalítico las percepciones son mucho más complejas, fragmentadas y de otra naturaleza. Cuando me pregunto por ese proceso, me responde la intuición, no la razón. Eso es relativamente normal para mí: es igual con el arte.

Pero en medio de todo esto, por la misma época en que empecé a indagar estas cuestiones, se empezó también a abrir una tercera vía que también representaba una especie de cita largamente aplazada y que pareciera ir más allá aún de lo ya narrado: la del mundo espiritual. Me gusta describirme como marxista, pero creo firmemente en que hay algo más que el mundo material. Cuando pienso en lo espiritual, supongo un espacio muy desconocido; no se trata de la sustancia social de la que estoy constituido, ni de los intentos de comprender cómo mi cerebro se las arregla para tener alguna comprensión de sí mismo y de la realidad, algo que, en todo caso, tampoco es mi ego.

La última semana antes de sustentar mi tesis hice algo que no había imaginado: en vez de estar preparando la sustentación, estuve por primera vez en un encuentro, suerte de retiro espiritual —profundamente físico, como debería ser— con un maestro indio, que sabiamente me recomendó mi amigo Víctor en quien deposité mi confianza para que me diera alguna guía cuando otro día me había surgido de nuevo la pregunta sobre la vida espiritual, que hizo parte de varias maneras profundas de mi infancia y había estado relegada durante un buen tiempo.

Nada de eso era, hoy estoy seguro de eso, independiente. Eran partes de un mismo anhelo de asumir la cuestión de la experiencia. No como fácilmente la tomamos los académicos: como un tema de estudio, de “documentos”, de discusiones hiper abstractas, con bibliografía y normas de indexación, sino como una cosa real, tozuda, presente, como lo suponemos los artistas y por eso le hacemos la cacería en todos los rincones y en todas las cotidianidades.

Y en esta época, mientras retorno, como parte de la programación de mi retiro de la Academia, al dibujo en su expresión más sencilla y directa y lo vuelvo un camino para la conciencia, y leo a Dussel, que magistralmente me muestra un camino que va de Marx a los primitivos cristianos, encuentro esta invitación a hablar sobre el animal. Hoy cuando todo lo que estudié me ha llevado a comprender la absoluta necesidad política de superar colectivamente esa noción de lo *humano* —patriarcal, utilitaria, racionalizante, científica, clasista, racista; en fin, excluyente— y militar por la recuperación de pensamientos en los que lo humano adquiera una nueva definición social (a eso llamo “hacer la revolución”), miro a mi alrededor y me digo, le digo a

Horacio: “—pongámonos en la tarea; hagamos imágenes que puedan tal vez sugerir, o territorializar o, por lo menos, darnos pistas de aquello que no tiene nombre”.

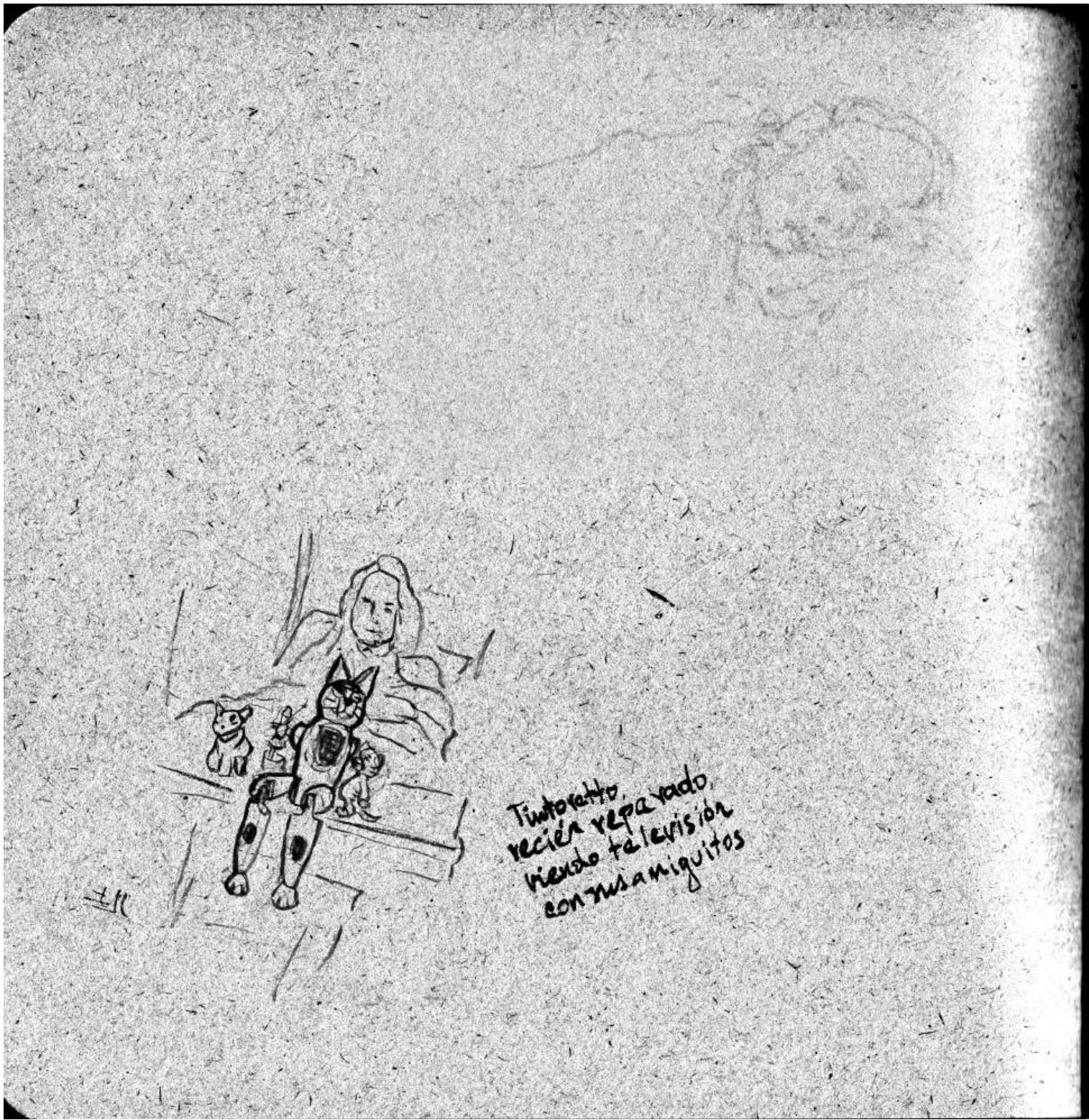
Mamá siempre tuvo gatos. Cuando llegó a vivir a mi casa iba con dos gatas. Una de ellas murió y prometió no adoptar otra, pero pudo más el deseo de que Paca, la sobreviviente tuviera compañía. Llegó Nino, enfermó y murió y, cuando ya no esperábamos que hubiera más gatos, apareció el que motiva estas notas. Mamá tuvo una muy fuerte intuición cuando lo nombró, luego de que supimos que no era gata, como lo creímos al principio. Cuando le pregunté por qué, pensando en que nunca se había mostrado de acuerdo en llamar a un animal con nombre de humano, respondió “—Horacio, como el poeta”.

En realidad, ya había hecho antes ese gesto. Desde su paso a vivir en mi casa, hará unos quince años, empezamos a tener conversaciones en las que eran recurrentes las imágenes de su infancia. Ahora que escribo esto, imagino que seguramente la extrema austeridad que vivió de niña pudo tener que ver con su actitud generosa con los gatos. Alguna vez me contó que no había tenido juguetes, entonces en diversas ocasiones le regalé algunas cosas del mundo infantil: un caleidoscopio, un pequeño muñeco de esos que se les aprieta la base y se desgonzan, al que llamó Ambrosio y la ha acompañado por varias clínicas y un gato articulado muy bonito, al que llamó, también venido del mundo del arte, Tintoretto.

Lo que sigue después de las palabras son las imágenes y la construcción minuciosa y sistemática de algo que por su naturaleza percibimos fragmentado, espontáneo y sin forma, de manera que parece más un desestructurar que un construir, que aparenta ser un conjunto de reiteraciones; indeterminado y sin orden reconocible, como las libretas con la que permanentemente dialoga un dibujante.



HORACIO... COMO EL POETA



Tintorero
recién reparado
nuevo televisor
con sus amiguitos



GENEALOGÍA MINIMA
Al comienzo, eran MINA
y AGATA, hermanas.

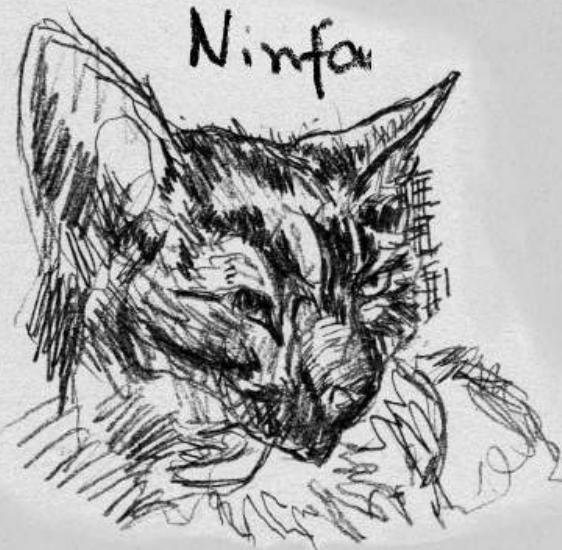
Dos cotitas negras casi iguales

En la cara muera, Agata
se perdió.

Llegó Sopa, gris, barrigona

de patas largas

Tenía un problema en la
piel, que ella misma curó
revolcándose en la ceniza
caliente de la chimenea.



Papá había muerto.
Icaro, su última compañía, desapareció.
Para reemplazarlo, llegó una Gata
callejera. Se llamo GATA.

Cuando Mamá vino a esta casa,
trajo a Gata y Ninfa.

Gata revolcó envenenada.

Mamá prometió que, si le salvaba,
le pondría nombre.

Se salvó y se llamó PACA

MINDU JOYCE

Ninfa era enfermiza y bravuciona
Minou, que vivía conmigo,
también era bravuciona
Toda negra, parecía una panterita
cuando se fue haciendo viejita,
se le quemaron los bigotes.
Ninfa murió. Mamá empeoraba
a pesar de memorias, la recordó
durante un tiempo.
Clarita nos regaló a Nino, lindo,
amoroso. lo trajimos con Paula.
Nino murió joven: un virus terrible.

Un día trataron de robársela
del jardín y le dislocaron la
cadera. Se recuperó, pero
quedó coja.



My Negro Horacio

Esa noche, esa corita
tan chiquita, tan
asustada, tan triste,
tan desnutrida, no
parecía tener un lugar
en el mundo.

La tome diciendo:
lo que esta gata
necesita es una mamá
canguro y la metí
dentro de mi bugo.

Se quedó quieta
en el calor y la oscuridad
y dormió profundamente.

HORACIO

Palimpsesto

Rapido habia muerto

Mito Matibele
habia muerto

Las orejolas largas
desgastan tanto.

Esa dimensión de la
vida, crepuscular de la vida

La enfermedad crónica fuerza muy pronto - y una
extraordinaria lección de humildad -



Mani bacia criado
siete hijos.

Cuidados a su madre
enferma

Cuidados a su papá -
enfermo

Cuidados a su hermano -



Horacio

La muerte

reemplazo

que no se muera,

Paca

El ser vivo ful a campo

↓
pasó a ser mío

ya aparente indiferencia
Sabe yo cerrar con dignidad?

La histérea - el cajón de las Sabanas

(desbordado)

los muchachos
altos
Hijos los
solos
muy felí

encuentro - Paco y

lo alambraba b. cantó

pero también algo de fin de año

Vino
peruano
pero
tan fresco
partido
Energía
rápida
esperanza
primero

los deportes
extremos

Mirar y la
Cerveza

Horacio y las Mamis
puertas

la int



LA MUERTE y los gatos

Cuando Horacio llegó,
aquí vivían dos gatas
mayores...

Minou - 19 años



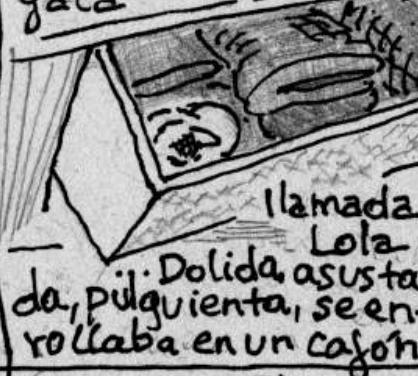
Paca, la noble Paca,
murió dramáticamente...



PACA fue su gran amor



Recién llegado, era gata



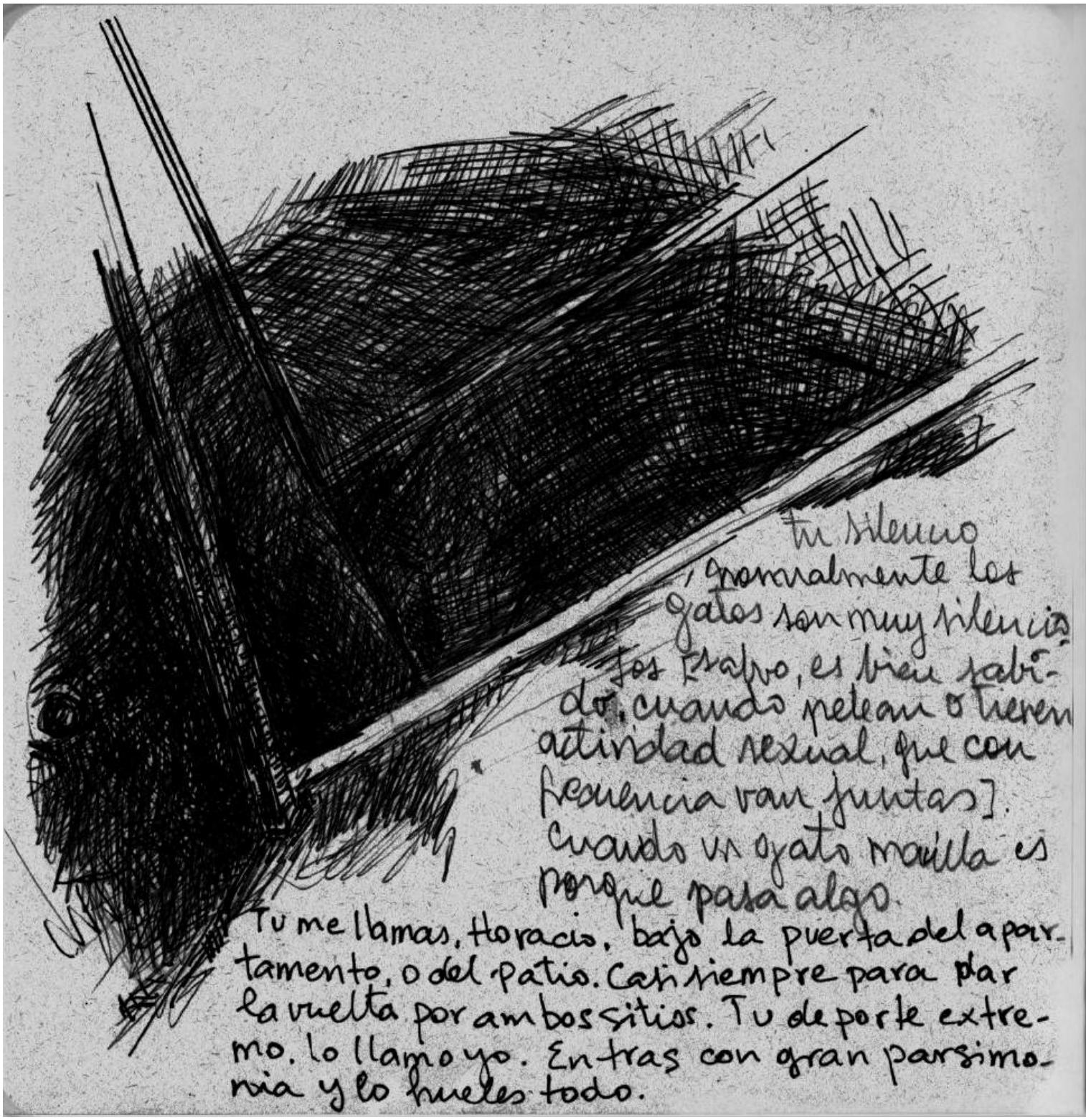
ELLA LA HABÍA
RESCATADO DE LA
CALLE...



Creo que, esa noche, algo murió
también en ella



Afuera, nos cercaba la pandemia



1) ¿Qué piensa un gato cuando nos mira con esos ojos amarillos que a veces parecen de reptil?

Hoy me buscaste con mucho
enfasis...

¿Me extrañas?
Cinco días de viaje,
cinco días de hospital...

¿También te agobia
el T.I.E.M.P.O?

No parece, pero si crees que
lo sientes pasar.

Con los perros, tengo la
impresión de que, cuando
te pasas, temen que jamás
volverás...



Tu saludo es frotarse contra
mis pies, es extraño. Todas
las mañanas me buscas.

A veces me llamas con un
maullido.

Cuando paso a visitar, te
trepas en mis hombros,
detrás de la cabeza.

Tus garras, tu peso...

Te abrazo... ¿Qué es eso
en tu nariz? No tengo
las gafas puestas...
¿Una herida?

Si, es una herida!

No es nueva.

Si pudieras hablar!

te volviste como un reloj:
cucharada de patéa
las 6:30
puntualmente la reclamas
todos los días de la vida.

LOS SECRETOS VINCULOS

Cuando Paca se
hubo ido, y todo
volvió a la calma,
a veces, Mama creía
recordar:
¿Yo tuve una gata?

Un dia conversé
con mi
hija
Laura



Sobre mi padre,
su abuelo

Y Horacio, descon-
certado, buscaba.

De pronto,
desapareció...

Estaba en el
cajón
como
una cuando era
gatita adustada



Por primera
vez, escribí
un poema:



Otro dia, hacia un
dibujo con ese
poema en la
mesa de
trabajo
de mi
hija Guerra



Un malestar
extraño...



Una noche en
urgencias:

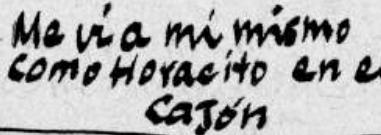


Un
infarto

Sentado allí, sólo
con frío, dolor,
tristeza...



Me via mi mismo
como Horacito en el
cajón





Horacio: Tan grande y fuerte que es, sufrió tanto de peques, QUE es imposible sacarlo de la casa.

Cuando traté de llevarlo a la

veterinaria, entró en pánico y estuvo

a punto de destrozar el guacamole

Una vez lei que el perro pertenece al humano y

el gato a la CASA.

Horacio es de la casa. Envejecerá

conmigo,

Me alcanzará y me pasará, como trizó Minou, que vivió el equivalente a un siglo humano en la discreción más grande

¡MARAVILLOSA AUSTERIDAD DE LOS ANIMALES!

(algún dia mi espíritu te alcanzará?)

es migato, pero no es migato
pero no es migato
es el gato de la casa.

Braulio pasa a visitar a Mamá, a veces
lleva una cobija. No me gusta po-
nerte demas...
mia.

Vuelvo de un viaje, o del hospital
¿Me extrañaste?

¿Qué es para tí el TIEMPO?

¿También te agobia?

Nobgile an...
Hoyas ven...
Esto haces... leer, comer...
en la TV, hablar con alguna...
Cosechab...
trayxa, empuja...
dentro de la cobija...
mente, es mas...
profundamente...

PRESEN- TE

Tanto que el ~~o~~ se ~~l~~ la otra noche
se ~~l~~ cortante las uñas
dijo a creyta. Otro autor dice que,
para las religiones,
nuestra condición
actual se define
por "la caída en el
tiempo".

Cosas que
perdí y no
me he vuelto.

Plancha calada

Esta tarde, un pichón fo-
deca que los animales
no tienen conciencia

del pasado ni del
futuro

Nosotros, en cambio, si
no nos acordamos de la perdida
de nuestros seres queridos.

Un día, pasa a saludar
a la señora. Su
cabeza en la almohada

y floriza a su lado. Su
cara cansada ladea
ella con un bon-
mudo.

a las reis, entro donde María. — Horacio

Parce nerviosa, digo

— Sí, me responden, es que sabe que ya
casi es la hora del paté...



...filtrat tus vinos
y adapta al breve espacio de tu vida
una esperanza larga.
Mientras hablamos, huye el
tiempo envidioso.
Vive el dia de hoy. Captúralo.
No te fies del incierto
mañana.



Me impresionas, Horacio. No te exijo, pero
representaste una maravilla campeón y yo
estaba allí. No sé qué piensas. No sé si
Me impresionas, Horacio.

No te escogí pero necesitaste una mano
y yo estaba ahí. No sé que piensas. No sé
si piensas, pero si veo que rientes.

Lόmō me confronta, y me conforta, sentir la
pureza de tu amor. Te me abrālazas y
sus garras, que podían hacerme
tanto daño, me acarician. No sé si
yo podria llegar a amar con tanta
sencillez y tanta bondad...

Solo sé que un día, en esta casa estaremos
los dos como un par de viejos. Imagino
que también te acompañaré a morir.

Si no me voy antes; en ese caso, me buscarás
infatigablemente por los rincones, sin saber
que un día te dibuje y te escribí ~~en casa~~
estas cosas.

